



EL TREBOLE



CUANDO el solazo estallaba en los yesares de Castilla y a los caballeros les chorreaba de sudor el cuello duro sabíamos que se acercaba el verano. Se sabía que el verano estaba aquí, porque las mozas se ponían efervescentes en la trilla, la calor les encendía el sano mofole y en seguida querían coger el trébole. Los gañanes estaban de siega, trabajaban las heredades bajo la áspera sequía de cuarenta y

cinco grados cantando jotas mientras los nobles clausuraban la temporada de Madrid en el palacete de la Castellana, cogían el *Hispano Suiza* y se iban hacia el cortijo a leer el *ABC* y a fabricar mermelada de albaricque. Luego venía el otoño con las inundaciones. Los árboles se ponían de un amarillo hermoso. La nobleza regresaba a la ciudad para meter en bolsa los productos del cereal, los armarios olían a naptalina, la servidumbre limpiaba la plata mientras con las lluvias los ríos se salían de madre y se llevaban a los jornaleros sin trabajo hacia el mar. Aquello era realmente bonito. Un invierno largo lleno de refranes, que si llegan las cigüeñas, que si no llegan, que si los almendros ya están en flor, que si llueve por la candelaria, que si la matanza del gorrino

familiar, que si la sementera. Y después la primavera con las dichas golondrinas que pongas como te pongas siempre vuelven de tu balcón los azulejos a ensuciar con sus poéticos excrementos, la pascua florida con el cirio pascual y otra vez el eterno retorno de las mozas que salen de paseo bajo los álamos en los alrededores del pueblo a meterse mano con los mozos en el sembrado de habas.

Ahora las estaciones del año, que no se movían desde que el Papa Gregorio reformó el calendario, han desaparecido. Ahora los cambios de estación no los marca el lío ese de los solsticios y equinoccios sino los ciclos de Televisión Española. La gente sabe que se acerca el verano porque en la pantalla todo son anuncios de señora con el sobaco levanta-

do echándose un fumigado de perfume para no tumbar al compañero de autobús. Se sabe que es otoño porque la televisión, llueva o no llueva, se llena de paraguas y gabardinas, salen dulces madrecitas del alma querida frotando los pechitos de recién nacidos con vic vaporús o la abuela pesada esa quiere vendernos sopas calientes de gallina blanca. El invierno viene marcado por turrónes el lobo y las mantas mora y finalmente, como es sabido, la primavera es cosa del Corte Inglés. Mariano Medina ha sustituido al dios Eolo y la censura, cosa que todo el mundo estaba deseando, ha metido en vereda los ciclos del espacio infinito que francamente estaban ya superados a partir del primer plan de desarrollo.

VICENT

